

LUCRECIA BORGIA, LA HIJA DEL PAPA

Dario Fo

Nuevos Tiempos **Siruela**



Dario Fo

Lucrecia Borgia, la hija del Papa

Traducción del italiano de
Carlos Gumpert

 Siruela

Nuevos Tiempos

Índice

Cubierta

Portadilla

Preámbulo

Con los pies juntos en el barro
Fiestas elegantes con mujeres gentiles
La clemencia y el indulto son una garantía para el poder

Primera parte

La tómbola bendita
Una familia ideal
Una historia de amor imposible. Pero sin red
El matrimonio es la piedra angular que sostiene el arco bajo el que prosperan las intrigas más sobrecogedoras
El rey títere con andares de marioneta
Un rey debe saber inclinar la cabeza de vez en cuando, sobre todo ante vigas demasiado bajas
Lucrecia ha desaparecido. ¿En fuga acaso, secuestrada? ¡Quién sabe!
Y llegados hasta aquí hay que preparar otro libreto. Y cuidadito que el resultado no sea una farsa
Lo grotesco es el medio más eficaz para alcanzar la sabiduría
En Roma, todo lo que se tira aparece flotando en el río al cabo de poco tiempo
¡No busquen la libertad los pávidos, pidiéndosela a quienes ostentan el poder!
El santo vuelco
Quien se haya decidido por la redención del pecado que se prepare para subir al púlpito del suplicio
Un encuentro de amor realmente impredecible
Para seguir la senda del cielo basta con saber leer el movimiento de los astros
Nápoles es hermosa de día bajo el sol más ardiente, y por la noche con y sin luna, pero por encima de todo Nápoles
maravillosa cuando se está enamorado
Peleas de enamorados
El juego de los intercambios
Señales de desbarajuste
La luna negra a menudo sale dos veces
El retrato sincero de un pueblo
Rindiendo cuentas... Por no hablar de los privilegios
Todos los caminos, incluso los más intransitables, siempre conducen a Roma
La Papisa a prueba
La casamentera de sí misma
La leçon des italiens
Es desde fuera por donde puede intuirse el interior, tanto en el caso de los hombres como de los edificios
Las turbulencias de lo fantástico
Nunca se prestan cañones a quien puede servirse de ellos para disparar contra nosotros
Escribiendo palabras que hechizan
Una invitación a un banquete para servir ataúdes
Charlando con cadáveres
Habla de amor y camina con el renqueante
Dejar de sentir deseo sería el peor de los castigos
Batirse como guerreros disfrazados de marionetas
La mujer pálida vestida de negro se presenta siempre sin llamar a la puerta
Los niños no aprenden de nadie a reconocer el olor de su madre

Segunda parte

Llegar al final de la vida no es suficiente para asegurar que uno se vuelva más espabilado
À la guerre comme à la guerre
El telón, cuando cae, no es capaz de secar las lágrimas
De una enemistad entre mujeres también puede nacer un gran afecto
La liberación de los prisioneros
Importante es cómo se abre una vida, pero más importante aún es cómo conseguimos cerrarla
El adiós más doloroso es el del sabio que te deja para siempre
Escribir notas acerca de lo que te sucede sirve a menudo para mantener en la memoria solo los mejores momentos

Una mujer que no concede atenuantes ni rebajas

Las malas noticias a menudo vienen en racimos. Algunas amargas; la mayoría, pésimas

Las personas con ingenio nacen cada vez en número más limitado

Sacad la picadora de carne, después distribuiremos los trozos: quien sea más rápido y despiadado se llevará los mejores bocados

Cómo apañárselas en una comedia grotesca, sin máscara

Al principio lo llamaban «mal francés»; más tarde, «mal español»; en el siglo XVI lo llamaron «la medalla del general»

¿De qué sirve ser rico si no tiene uno pobres a su alrededor para compadecerlos?

Bibliografía

Galería de personajes

Notas

Créditos



«¡Dios mío! ¡Visto desde lo alto y completamente desnudo, eres aún más hermoso! Pero ¿de qué linaje eres tú, napolitano?». *Lucrecia a Alfonso de Aragón*

PROSCENIO



«En la obra a la que asistimos, actuaban unos niños, prácticamente en el proscenio, que, en la culminación de esas grotescas pantomimas tan chabacanas, se limitaban a observar conmovidos».

Lucrecia a su hermano César

Preámbulo

Con los pies juntos en el barro

Sobre la vida, los triunfos y las atrocidades más o menos documentadas de los Borgia se ha escrito y puesto en escena óperas y piezas teatrales, se han realizado películas de exquisita factura, con actores famosos y, recientemente, se han emitido incluso dos series de televisión con extraordinario éxito.

¿Cuál es la causa de tanto interés hacia el comportamiento de estos personajes? Sin duda alguna, la impúdica carencia de higiene moral que se les atribuye en todos los avatares de sus vidas. Fue la suya una existencia desenfrenada, tanto en su comportamiento sexual como en su actuación social y política.

Entre los grandes escritores que nos han relatado los dramas, los cinismos y los amores de esta poderosa familia se cuentan, por ejemplo, Dumas, Victor Hugo y Maria Bellonci. Pero uno de los más conocidos es John Ford, dramaturgo isabelino de principios del siglo xvii, que llevó a escena *Lástima que sea una puta*, casi con toda seguridad inspirada en las supuestas aventuras de Lucrecia Borgia y su hermano César, quienes, según asegura la leyenda, eran amantes. Nuestra amiga Margherita Rubino, que ha llevado a cabo una investigación sobre los dramas escritos en tiempos de los Borgia, ha descubierto a otros dos autores, Giovanni Falugi y Sperone Speroni que tratan el asunto enmascarándolo tras una supuesta fuente romana, nada menos que tomada de Ovidio.

De lo que no cabe duda es de que, si separamos limpiamente del Renacimiento italiano la historia del papa Alejandro VI y sus allegados, obtendremos una saga inquietante, donde los personajes actúan sin el menor respeto hacia sus adversarios ni, a menudo, hacia sí mismos.

La víctima llamada una y otra vez a ser inmolada, desde su misma infancia, es sin duda alguna Lucrecia. Es ella la sacrificada a la menor oportunidad sin una sola pizca de piedad, tanto por su padre como por su hermano, en la vorágine de los intereses financieros y políticos. Lo que puede pensar la dulce muchacha no les preocupa en absoluto. Por otra parte, no es más que un juicio que valía lo mismo para un padre y futuro Papa como para un hermano que llegará a ser cardenal. De hecho, en ciertos momentos, Lucrecia es solo un paquete con pechos redondos y estupendas nalgas. Ah, se me olvidaba, también sus ojos están cargados de hechizo.

Pero los horrores en Italia no se producían con tanto estrépito únicamente en tierras romanas. Como ejemplo podemos detenernos brevemente en Milán para presentar a los Visconti y a los Sforza, con quienes nos toparemos varias veces, y en papeles estelares, en el curso de nuestro relato.

En 1447 muere Filippo Maria Visconti sin dejar herederos varones, tan solo una hija ilegítima Bianca Maria, que es reconocida en tal ocasión con el fin de que pueda convertirse en esposa de Francesco Sforza, cuyo padre, un soldado de fortuna, tenía orígenes plebeyos. Su padre, en efecto, era molinero. Y así es como nace una nueva dinastía. La joven esposa da a luz a ocho niños, incluyendo a Galeazzo Maria y a Ludovico, a quien con el tiempo se le conocería más como «

Moro».

Galeazzo Maria era, como se dice en Nápoles, un *sciupafemmine*, es decir, alguien consagrado a aventuras galantes con mujeres nobles y prostitutas. Este comportamiento suyo le granjeó una notable cantidad de enemigos, tanto es así que fueron muchos los confabulados en su asesinato. Fue apuñalado a la salida de la iglesia de Santo Stefano exactamente el día en que se conmemora dicho santo, el 26 de diciembre de 1476, a manos de Giovanni Andrea Lampugnani, Gerolamo Olgiati y Carlo Visconti, apodado «el Bastardo». ¡Cuántos conspiradores, ni que fuera Julio César!

A la muerte de Galeazzo Maria habría debido sucederle su hijo Gian Galeazzo, de tan solo siete años. Pero el Moro, con el apoyo de los franceses, asume la regencia y se aprovecha de la tierna edad de su sobrino para ampliar enormemente su propio poder. Aunque su ánimo criminal no se detiene ahí. Con el fin de desembarazarse definitivamente de su rival, decide envenenarlo poco a poco, de forma que nadie pueda acusarlo de su asesinato. El muchacho, como cabría esperar, acaba por morir al cabo de una larguísima agonía, y Ludovico el Moro, llorando lágrimas de desesperación ante el ataúd de su sobrino, hereda el ducado de Milán.

¿Por qué estamos hablando de esta familia? Para empezar, porque el Moro se casará unos años después con Beatriz de Este, cuyo hermano Alfonso, también de Este, se convertirá en esposo de Lucrecia Borgia. Pero el parentesco no termina ahí, ya que Isabel de Este, hermana de Alfonso y de Beatriz, se casará con Francisco Gonzaga, marqués de Mantua, quien, como veremos, tendrá bastante que ver en ciertas habladurías sobre nuestra Lucrecia. Y si lo pensamos bien, ni siquiera ahí se cierra el círculo.

Al objeto de que todo el mundo pueda entender el clima que se vivía a finales del siglo xv en Roma y en toda Italia, es aconsejable, antes de empezar, recordar unos cuantos hechos más. A tal propósito, viene a colación la carta que un joven que acababa de ser consagrado obispo le escribió a un compañero suyo de seminario.

Fiestas elegantes con mujeres gentiles

El prelado describe un banquete papal durante el cual las *bonae femmine*, es decir, cortesanas de alto rango invitadas a la ceremonia, se exhiben en una competición de danza en la que agachan hasta tocar con sus nalgas el pavimento, donde se habían distribuido unas velas aromáticas encendidas. Cada una de las bailarinas, levantándose con naturalidad la ropa, apaga la vela y se incorpora después aferrando con su sexo lo que se conoce como cabo, procurando no dejarlo caer. Aplausos, desde luego, no les faltaron.

Para acabar, un último episodio digno de mención que nos conduce directamente al umbral de nuestro relato: el 23 de julio de 1492 el papa Inocencio VIII entra en coma y se aguarda su muerte en el curso de unos días.

De él decía Savonarola, azote de obispos y papas: «[El pretexto del] arte es la misma condenación que está profanando el trono de San Pedro en Roma [...]. Estamos hablando del papa Inocencio VIII, en cuya existencia la única cosa inocente fue su propio nombre».

Sin embargo, Dumas¹, quien escribió una maravillosa historia de los Borgia y de los papas que

los precedieron, nos dice que era conocido como el «padre del pueblo» debido a que, gracias a su actividad amatoria, había aumentado el número de sus súbditos en ocho hijos varones y ocho hembras² –en el curso de una vida pasada con gran voluptuosidad–, por supuesto con diferentes amantes. Lo que no se sabe es cómo las elegía porque, como es bien sabido, padecía una miopía espantosa. Tanto es así que había contratado a un obispo acompañante que, a cada encuentro, susurraba el nombre, el sexo, la edad y las características físicas de quien le estaba besando el anillo.

Hay que reconocer, sin embargo, que este papa-pecador tenía un elevado sentido de la familia. Sus atenciones para con sus hijos han de ser juzgadas más como actos de amor que de indigno nepotismo.

En efecto, fue capaz de elegir a las parideras más adecuadas –para que su estirpe se prolongara de la mejor manera posible– entre las hijas de hombres poderosos e ilustres, empezando por la infanta favorita de Lorenzo de Médici, que acabó desposada con su primogénito Franceschetto Cybo. Así como otros jóvenes de las familias más ilustres de Italia para sus numerosas hijas.

Jacob Burckhardt describe en su libro *La cultura del Renacimiento en Italia* algunos interesantes aspectos de la conducta de Inocencio VIII y de su Franceschetto: los dos, según cuenta, «llegaron a erigir incluso un banco de gracias temporales, con las que, a cambio del pago de gravámenes considerables, podía obtenerse la impunidad por cualquier crimen, incluido el asesinato: de cada enmienda absolutoria, ciento cincuenta ducados correspondían a la Cámara papal; el resto, a Franceschetto.

»Y de esta manera, Roma, especialmente en los últimos años de aquel pontificado, bullía por todas partes de asesinos y [delincuentes] protegidos [y con la impunidad garantizada]».

La clemencia y el indulto son una garantía para el poder

Pero lo que más nos interesa es que a este grupo ya bien nutrido de canallas se agregan, en el mes de julio de 1492, otros doscientos y pico. Puede parecer paradójico, pero ahí está: más de doscientas víctimas, y por consiguiente otros tantos asesinos, en unas pocas semanas, una destrucción de otra.

¿Por qué razón una masacre de tales dimensiones?

Pues se explica fácilmente: cada vez que muere un Papa se producen en Roma un montón de homicidios debido a que, por una secular tradición, al final de cada cónclave en el que se elige el nuevo papa se concede la gracia a cualquiera que haya cometido un delito en los días de interregno. De modo que todos los que albergaban en su ánimo propósitos de venganza aprovechan el trono vacante para darse el gustazo, matar hoy para salir libre mañana, y todo gracias a una segura indulgencia plenaria. ¡Qué buenos tiempos aquellos!

Y ahora, con el clima de la época ya más claro, es precisamente a partir de esta muerte concreta de un papa, y de lo que aconteció inmediatamente después, por donde vamos a comenzar.

Primera parte

La tómbola bendita

El 11 de agosto de 1492 los cañones del castillo de Sant'Angelo dispararon para recordar a Roma y al mundo entero que había sido elegido un nuevo Papa con el nombre de Alejandro VI. Por fin podía disfrutar España de su segundo Papa, Rodrigo Borgia.

En Roma, un pasquín escrito por los sospechosos habituales proclamaba: «El solio pontificio ha tocao a quien más guita ha soltao a los que manejan la urna de la santa lotería». Los romanos conocían a la perfección nombre y linaje de cada uno de los cardenales de esa tómbola: Ascanio Sforza, hermano de Ludovico el Moro, que recibió incluso una ciudad como premio por su apoyo, la de Nepi, además de cuatro mulas cargadas de oro; Giuliano della Rovere, a quien se asegura la cima de la pirámide en la siguiente ronda, y otros muchos regalos y beneficios para el resto de los votantes.

Pero centrémonos en este nuevo Papa, cuya familia hemos escogido como protagonista estelar de nuestro relato.

De los primeros Borgia se sabe muy poco y las escasas noticias que nos han llegado resultan insuficientes para determinar sus orígenes; orígenes que los aduladores de la estirpe española hacen remontar nada menos que a la familia del rey de Aragón, por más que sea poco probable. En realidad, el nacimiento de este linaje solo se produce con el auténtico fundador de la cepa, el perdón, de la dinastía: estamos hablando de Alfonso Borgia. Al padre del patriarca a veces se le conoce como Domenico, otras veces como Juan, de la madre se desconoce incluso el apellido.

Alfonso nació en 1378 en Valencia. Entró como escribano secreto en la corte del rey de Aragón, pero con un fantástico cambio de chaqueta nos lo encontramos al poco tiempo con el atuendo de obispo de Valencia. De tal guisa desembarca en Nápoles con el séquito del rey Alfonso de Aragón, que se había convertido en monarca de los napolitanos. Alfonso Borgia fue elevado a cardenal en 1444³. ¡Carrera rápida y portentosa!

Como es bien sabido, a mediados del siglo xv, el proyecto de España, en competencia con Francia, era conseguir echar mano al papado y al imperio de Europa. Y fueron justo los Borgia quienes iniciaron la conquista del solio pontificio. Precisamente Alfonso llegó a ser el primer pontífice de la Casa Borgia, al ponerse la tiara en 1455 con el nombre de Calixto III. En el séquito de este Pontífice, a la cabeza de la escalada hacia el poder, se establecieron en Roma una notable cantidad de parientes directos o políticos del Santo Padre valenciano. Entre estos, su nieto más querido: Rodrigo.

Los numerosos cronistas e investigadores de la historia de los Borgia están de acuerdo en el hecho de que Rodrigo llegó a Roma aproximadamente a la edad de dieciocho años, dispuesto a ponerse bajo la protección del Papa español. Es la primera señal de descarado nepotismo de este alto prelado, que carga con todos los gastos que el joven va generando. Rodrigo tuvo como maestro a Gaspare da Verona, hombre de enorme cultura y extraordinarias dotes como

enseñante.

Al cabo de algún tiempo, el muchacho va a Bolonia para estudiar jurisprudencia. El tiempo establecido para obtener esta titulación era de siete años. No resulta razonable pensar que se haya sumergido por completo en los códigos ni en el acrecentamiento de sus nociones de retórica y teología. El muchacho se granjea de inmediato gran simpatía y estima entre sus compañeros de universidad. Rodrigo es un joven cargado de energía, de estupenda planta y labia atildada y oportuna. Es amado por las jóvenes y generoso con los amigos. Por lo tanto, se convierte de inmediato en el líder de aquella pandilla de hijos de nobles y de comerciantes.

Asiste a todas las clases y se presenta puntualmente a los exámenes, en los que obtiene un alto reconocimiento. Pero tampoco falta nunca a convites en tabernas y burdeles. «Es muy difícil para una mujer resistirse a su cortejo –decía su maestro de retórica–. Atrae a las mujeres como el imán al hierro. Hierro, por supuesto, es sinónimo de falo. Oh, pero ¿qué digo?».

El 9 de agosto de 1456, pese a no haber completado aún la totalidad de sus estudios, Rodrigo es admitido por méritos especiales al examen de licenciatura⁴. Preso del entusiasmo, su tío, que en el ínterin se ha encaramado al trono papal, como regalo lo eleva a cardenal. Por supuesto, el nombramiento tiene lugar en sordina y sin alardes, y esto, obviamente, para no desatar ulteriores acusaciones de complicidad nepotista.

Pero la concesión de privilegios no se detiene ahí. Calixto III decide nombrar a su protegido vicario papal en la Marca de Ancona. No se trata de un cometido fácil, ya que los señores de las Marcas se han rebelado contra el gobierno romano y, al mismo tiempo, están enzarzados en disputas pugnas entre sí⁵.

El joven cardenal Rodrigo Borgia llega con un puñado de colaboradores a la ciudad, durante la noche, y esa misma mañana temprano convoca una reunión con todos los responsables del orden de la justicia y la recaudación de impuestos en el palacio de la curia.

–Estoy aquí en calidad de legado del Santo Padre –se presenta–. Antes que nada quiero saber el estado de vuestras fuerzas de intervención, quiero decir, de cuántos hombres de armas disponéis y de cuántos caballeros, y si poseéis armas de fuego, empezando por cañones. ¿Las poseéis?

Tímidamente, alguien le contesta:

–No, eminencia, las estamos esperando, pero hasta ahora no hemos recibido nada.

–Bueno, pues ya me he encargado yo. Traigo conmigo cuatro carros con arcabuces, culebrinas y escopetas de trípode, a causa del retroceso, y vienen también cuatro parejas de bueyes que arrastran cuatro cañones de siete libras.

–Pero es que no sabemos bien cómo usar artefactos de esa clase –admite humildemente el capitán de la guardia.

–Estoy aquí precisamente para eso.

–¿Gozaremos pues de vuestro magisterio, eminencia?

–Podría hacerlo, pero prefiero que sean los dos maestros de arcabuz que he traído conmigo quienes os adiestren.

–Perdonad, pero ¿es que tenéis intención de disparar con esos obuses?

Y el vicario le replica:

–Entiendo que, dada la situación que ha venido a crearse en esta espléndida ciudad vuestra de Ancona, sintáis cierta reticencia en lanzar proyectiles de plomo contra los personajes más eminentes de vuestra ciudad. He sido informado y sé que en estas diatribas, a veces sangrientas, entre las distintas facciones de los nobles, vosotros los representantes del orden y la justicia

habéis mantenido siempre en equilibrio, estable, inestable y aparente. En definitiva, ¡que os habéis mantenido prudentemente al margen, so listillos! Ahora os toca tomar una decisión. Y basta de intrigas, de favores recíprocos y de mirar hacia otro lado. Ya está bien de escaquearse ahora ya tenemos los medios para imponer el orden: aprended a disparar, de lo contrario tendremos que hacerlo contra vosotros.

—¿Cómo? ¿Y quién va a dispararnos?

—En Roma hay un millar de hombres dispuestos, que a una sola orden mía, tras un día de marcha, estarán aquí listos para sustituirnos, después de haber enterrado, como es natural, aquellos de entre vosotros que se hayan opuesto a nuestras órdenes. Escoged.

—Pues veréis... Tuvimos que ceder ante el poder abrumador, armado incluso, de esos alborotadores...

—Disculpad, ¿os dice algo este nombre: Grippio dei Malatempora?

—¡Sí! —contestaron al unísono los hombres de orden—. ¡Es precisamente uno de los notables que organizaron la última revuelta!

—Pues bien, ya no está con nosotros.

—¿Ha muerto?!

—No, es huésped de vuestras cárceles. Para eso llegué ayer por la noche con un grupo de hombres, lo que me bastó para cargarlo de cadenas. Ese ogro vuestro estará pronto de viaje hacia Roma, donde será juzgado raudamente. ¿Os gusta la palabra «raudamente»?

—Sí.

—Me alegra, porque la oiréis repetir muchas veces mientras yo esté aquí.

Y así, por primera vez, en la ciudad de Ancona se oyeron retumbar cañones y culebrinas.

Hay que decir que esas explosiones surtieron un efecto extraordinario en los responsables de la administración pública. Rodrigo Borgia, vicario papal en la Marca de Ancona, consiguió capturar a un centenar de personajes de las altas esferas y de sus acólitos. Los muertos, respecto al valor de la operación, fueron menos de los previstos. Un trabajito limpio, en definitiva.

Al final, ya montado en su caballo para marcharse, una vez más ante los responsables de la ciudad, ya estuvieran esposados o momentáneamente libres, el vicario dio por concluida su misión:

—De ahora en adelante, pues, vuestra cooperación con el Estado de la Iglesia y el Santo Pontífice dejará de ser meramente formal para volverse inequívoco y responsable. De manera que ninguno de vosotros, sea portaestandarte, capitán del pueblo o juez, estará autorizado a imponer impuestos extraordinarios, declarar guerras de rapiña, administrar justicia, gestionar el juego y la prostitución, acuñar monedas o chantajear a comerciantes, tenderos y artesanos a la manera de los usureros gubernamentales, como siempre habéis hecho. Ah, se me olvidaba, es necesario que cada uno de vosotros y toda la población activa sea capaz de demostrar cada mes que ha pagado los impuestos al estado que yo represento aquí.

Sus palabras tuvieron gran éxito, sobre todo entre el pueblo, y tanto es así que en el momento de su «¡Adiós, hasta pronto!» la gente lo acompañó en gran número hasta la puerta mayor aplaudiéndolo y exclamando a grandes voces:

—¡Vuelve pronto, Rodrigo! ¡Nos hace mucha falta gente como tú!

Y alguno gritó:

—¡A ti es a quien deberían hacer Papa, claro que sí!

—Gracias, no es mala idea, haré todo lo posible —respondió el cardenal, mientras espoleaba su

caballo dejándolo corretear al trote.

Al llegar a Roma, mucha gente que se había enterado de los acontecimientos de Ancona acudió también a recibirlo entre aplausos. Lo aplaudió descaradamente incluso el Papa, cuando llegó al Vaticano, y lo abrazó como si fuera su hijo. Como recompensa fue nombrado vicescanciller, que era como decir que, a partir de ese momento, el muchacho solo estaba por debajo del Papa.
¡Excelente carrera!

Una familia ideal

En aquella época Rodrigo mantiene una relación amorosa o, mejor dicho, probablemente varias. Esas amantes le dan tres hijos. Aunque también puede ser que no fuese más que una sola mujer la que se quedara embarazada tres veces; tampoco hace falta que el lector se ponga quisquilloso.

Su relación con su tío es constante y se desenvuelve entre muestras de afecto cada vez más evidentes. Pero, por desgracia, tres años después de haber sido elegido papa, Calixto III sufre un ataque de gota que los médicos consideran muy grave⁶. Nadie sospechaba que la excesiva asiduidad de trato con las damas a esas edades llevara a tal forma de padecimiento. En cualquier caso, ese era el diagnóstico de la medicina del siglo xvi: ¡los efectos provocados por la llamada carne de la carne, tanto la consumida en la mesa como en la cama, son siempre dañinos!

Sabiendo que el Pontífice está en las últimas, los nobles romanos que durante aquellos tres años de su pontificado tuvieron que tragarse en silencio tantas andanadas de nepotismo e beneficio de un número insoportable de parientes cercanos, políticos o secundarios, pueden por fin prepararse para la venganza de tanta prepotencia. Los privilegios que durante años han sido prerrogativa de los españoles volverán por fin ahora a su *carnet*. Los usurpadores van a pagar por todo.

Tanto es así que, uno detrás de otro, tiralevitas, sirvientes y aduladores ibéricos de profesión se esfuman al instante, y Rodrigo se queda solo para recoger los últimos suspiros del Santo Padre. Resulta conmovedor observar que la presencia de su sobrino es constante, puede decirse que no abandona la cabecera de su cama casi nunca. Es perfectamente consciente de que al permanecer descubierta corre el riesgo de ser víctima, él solo, del desahogo brutal de quienes aspiran a vengarse. Y pese a todo, el más poderoso de los cardenales no solo insiste en quedarse velando a su protector sino que se guarda mucho de reaccionar con gestos o amenazas cuando su palacio es saqueado por los esbirros al servicio de los Colonna y los Orsini, quienes, ante la muerte del Papa, han puesto en marcha una auténtica campaña de purgas.

Para empezar, nada menos que Pedro Luis, el hermano mayor de Rodrigo, que había sido nombrado comandante general de la Iglesia y prefecto de la ciudad, se ve obligado a huir disfrazado, el día previo a la muerte del Papa para librarse del linchamiento. Con todo, ¡parece evidente que la suerte no está del lado del tal Pedro Luis, por mucho que se llame Borgia! Tras refugiarse en Civitavecchia, en efecto, murió al poco tiempo de fiebres palúdicas.

Por el contrario, mientras en Roma se desata una masacre general, de españoles o de todo aquello que haya tenido que ver con los españoles, nadie se permite tocar un solo pelo a Rodrigo. Es intocable, no tanto porque cuente con la protección de los nuevos poderosos sino gracias a su reputación de hombre insustituible y al talento sin igual con el que desempeña sus tareas de vicescanciller. Resulta increíble: la calidad y el ingenio siguen dictando ley.

En ese momento, en el día de la muerte del papa Calixto III, su tío, el joven Borgia tiene veintisiete años. Pues bien, durante el pontificado de los siguientes cuatro papas Rodrigo siguió ocupando sin interrupción tal puesto, tan solo inferior al del propio papa. Hasta que tenga que abandonarlo cuando él mismo se convierta en portador de la tiara papal.

En 1466, o tal vez un año después, el cardenal Rodrigo conoce a la que bien puede llamarse mujer más importante su vida. Aunque solo sea porque será precisamente ella, algún tiempo después, quien dé a luz a Lucrecia.

Se trata de una hermosísima romana, probablemente de orígenes lombardos, alta, esbelta y llena de encanto. Por encima de todo, es una mujer inteligente, de otro modo no habría abierto una brecha tan amplia en la atención de un hombre tan experimentado y poderoso.

Su nombre es Giovanna Cattanei, más conocida como Vannozza. En la época en la que conocen ella tiene aproximadamente veinte años y Rodrigo once más. El cardenal mantiene bien oculta esa relación y consigue para su amante una casa más que digna donde, siempre con precaución, puede decirse que cada noche acude a visitarla. Y sin embargo, en la sociedad de aquel siglo era costumbre más que aceptada para un hombre de Iglesia entablar relaciones manifiestamente poco convenientes con mujeres de cualquier clase y posición social.

De modo que nos hallamos ante un descarado libertino pero con cierto pudor. Y si el lector prefiere, puede llamarlo hipocresía sacerdotal, tal como nos enseña Molière en su *Tartufo*.

Con todo, la circunstancia absolutamente singular de esta relación es que, a diferencia de las otras que ha mantenido hasta entonces, el alto prelado no busca en realidad la aventura, sino más bien el espíritu de la familia. Tanto es así que los cuatro hijos que nacerán de esta unión serán seguidos, amados y criados en el seno de un núcleo familiar casi regular. Y no pudiendo interpretar en persona el papel de padre, al cardenal no se le ocurre otra cosa que alquilar uno que ocupe su lugar. Y lo escoge con gran sutileza.

Su nombre es Giorgio de Croce, cuya profesión es la de escritor apostólico. No hace falta decir que su empleo en el Vaticano se lo proporcionó el auténtico padre. Y, como es natural, para su cometido de padre le añade una remuneración adicional.

Rodrigo, a su vez, debe inventarse una apariencia y adopta una absolutamente creíble: la de tío. Un tío amable, generoso y extraordinariamente afectuoso con sus sobrinos. Tanto es así que acude a visitarlos puntualmente cada noche con un montón de regalos. Y con toda intención se le reservado en casa de Vannozza una modesta estancia, un estudio, exactamente igual que en un vodevil o, mejor dicho, que en los juegos escénicos de la comedia del arte. Sale el marido-padre y entra el tío-cardenal, quien (anda, fíjate tú) en plena noche, tras abrazar y hacer unas carantoñas a los niños, finge retirarse a su habitación a dormir, pero no tarda en salir a hurtadillas y deslizarse en la cama de la mujer del falso marido. A veces ocurre que se topa con uno o dos niños que van en busca de su madre porque han tenido pesadillas, pero el tío los tranquiliza, los sostiene en sus brazos, se los lleva de nuevo a su camita y hasta les canta una canción de cuna. Luego se va a acunar a la madre.

A decir verdad, de entre todos los papeles, el de mayor compromiso le corresponde al falso marido. Interpretar el personaje del padre, del marido y luego, en cuanto aparece por allí el amante, desaparecer solo para volver al alba, y en cuanto el otro se va, desnudarse y volverse a la cama, no es exactamente un juego en el que uno se divierte como un loco. Pero cuando se obtienen considerables beneficios financieros y se disfruta de una colocación tan segura, vale la pena.

incluso tragar con el papel del rufián.

Pero exactamente igual que en las piezas de los cómicos de la legua que empezaban representarse en aquella época, he aquí el golpe de efecto. De repente, el falso marido y padre muere. ¿Es acaso un recurso teatral inventado? No, no, es cierto. Tanto es así que después del funeral del padre de alquiler, entre oraciones y lágrimas, es necesario buscar otro padre. Y es vez se contrata nada menos que a un escritor, Carlo Canale, más joven que su predecesor (tiene poco más o menos la misma edad que Vannozza, la madre). Como es obvio, él también obtiene grandes ventajas, recibe una buena retribución y solo debe encargarse de la inconsolable viuda y de los niños en el papel de preceptor. El pago es aparte.

Canale no tarda en descubrir que sus nuevos hijos están muy dotados tanto para las disciplinas científicas como para las letras y la poesía. En particular, la más versátil y receptiva es sin lugar a dudas Lucrecia, quien aprendió con facilidad inaudita, en el paso de la infancia a la pubertad, latín y griego, mostrándose capaz de aprenderse de memoria en un breve lapso de tiempo fragmentos de poemas y canciones de los autores más famosos de las letras y las ciencias. En aquel entonces Lucrecia tenía solo seis años de edad.

Pasan otros seis, y hemos llegado a los días en los que el papa Inocencio VIII (de quien ya hemos hablado al principio a propósito de su extraordinaria colección de amantes y de numerosa prole que le dejaron como regalo esas santas relaciones) agoniza en su cama.

Desde la muerte de su tío Calixto III han pasado treinta y cinco años, y puede decirse que la elección de todos los nuevos papas que han ocupado entretanto el trono de Pedro ha sido resultado de las habilísimas gestiones de Rodrigo Borgia. Y, como ya hemos dicho, este talento suyo para barajar las cartas y los intereses que cuentan le hace cada vez más inamovible en su papel de vicepapa.

Después de Pío II, Pablo II, Sixto IV y el mencionado Inocencio VIII, el cardenal Borgia decide que ha llegado la hora de hacer que lo elijan a él mismo para el más elevado de los tronos. A esas alturas, es innecesario que siga representando ante su familia el papel del tío generoso que llega por la noche y se marcha al amanecer. Ahora, puesto que pronto será el dueño de la santa cátedra de Roma, puede permitirse desdeñar cualquier eventual chisme que se propague, sin dudar tan pronto como se sepa que el Papa tiene hijos y esposa morganática.

Ahora, sin embargo toca contar esa verdad también a su prole. No tenemos, a tal propósito, documento alguno, aunque resulta fácil imaginar las palabras y el diálogo que surgieron en el momento de la revelación. Reúne a su familia a su alrededor y dice:

–Queridos hijos, vuestro tío pronto se convertirá en Papa.

Gritos y aplausos, abrazos y besuqueos por parte de los niños en coro. Pero, a esas alturas ¿cuál es la edad de los párvulos? El mayor, Juan, tiene dieciocho años; César tiene dieciséis, Lucrecia, doce, y el cuarto, Jofré, tiene diez.

Lucrecia, saltando a los brazos de Rodrigo, le pregunta:

–Pero ¿nosotros podremos seguir llamándote tío o tendremos que añadir Vuestra Santidad?

Rodrigo toma aliento durante unos instantes, les invita a sentarse a su alrededor, incluyendo a Vannozza y su marido, y después anuncia la increíble verdad:

–No, ya no tendréis que llamarme tío porque en realidad no soy el hermano de vuestra madre y Carlo Canale no es su auténtico segundo marido, y vuestro difunto padre no era en realidad vuestro padre.

Los chicos se quedan como aniquilados. César le pregunta:

–Entonces, si todos somos personajes falsos, fingidos, ¿quién eres tú?

–Yo soy vuestro padre, el verdadero padre de todos vosotros, no solo espiritual sino por encima de todo carnal, el que os ha engendrado con vuestra madre, la única persona real.

César, con tono resentido, pregunta:

–Y habéis seguido contándonos esta mentira durante todo este tiempo, ¿por qué?

–Porque habría sido un escándalo sacar a la luz el hecho de que el vicepapa, lo que he sido hasta este momento, tenía un mujer a la que amaba y con la que había tenido cuatro niños a los que yo adora. También para vosotros hubiera sido difícil salir indemnes.

Lucrecia estalla en lágrimas y con ella, su hermano más pequeño también:

–Siempre nos habéis dicho que no hay que mentir –solloza la niña–, que la verdad no puede traicionarse ni enfangarse. Y ahora nos enteramos de que en nuestra casa todo era falso, amañado. Nuestro padre estaba mintiendo cuando nos tomaba en sus brazos, mentía al tumbarse en la cama con nuestra madre, y también él, nuestro preceptor, es completamente falso. Qué les diremos a nuestros amigos, a la gente que nos pregunte con ironía: «¿Qué tal están vuestros padres?».

Rodrigo dice con calma:

–Responded preguntándoles: «¿Y los vuestros?»», puesto que, y eso también conviene que sepáis, en el Vaticano y en sus alrededores son pocos los niños legítimos y las madres realmente casadas. En cualquier caso, debéis saber que os he querido siempre como a mis hijos y que ahora podré quereros por fin a la luz del sol.

–¿Y por qué solo ahora?

–Es muy sencillo, queridos míos. Dentro de unos días me elegirán para la cima de la pirámide. Una pirámide formada por miles de hombres más o menos poderosos que, colocados los unos sobre los otros, sostienen con los brazos levantados la edificación. Quienes la sostienen tienen que hacerlo manteniéndose en equilibrio, el que caracolea es aplastado o expulsado de su puesto y reemplazado inmediatamente por otro más adecuado y precavido. El único que nunca corre peligro de ser expulsado de la pirámide es el que está en lo más alto, es decir, el Papa. Solo la muerte puede apartarlo. Es decir, ni siquiera las infamias ni las calumnias, por no hablar de las verdades inconfesables, pueden afectarme. Y lo mismo vale para vosotros, que sois mis criaturas. Como aprendí de mi maestro de geometría, el equilibrio dinámico es la fuerza de la fe. Algunos dicen que es una blasfemia ¡pero a mí me parece bien!

Una historia de amor imposible. Pero sin red

Nos hemos olvidado de decir al lector que, poco antes de dar a su prole la noticia de quién es su verdadero padre, Rodrigo había conocido a una jovencísima muchacha cuya extraordinaria belleza era celebrada por toda la Roma que cuenta. Se trata de Giulia Farnese.

En aquella época la familia Farnese no poseía aún la fama que iba a adquirir al cabo de pocos años. Giulia se crio en el campo, en los alrededores de Capodimonte, pero había recibido una refinada educación en letras, danza e incluso música. En efecto, era una delicia oírle tocar el laúd. Acaba de salir de la pubertad cuando se topa por primera vez en Roma con el cardenal Borghese quien está organizando el ensayo general para convertirse en papa.

El encuentro con la muchacha supuso un auténtico flechazo, de esos que atraviesan los muros más gruesos. La belleza de Giulia era descrita por todos con tal fervor que hasta Rafael quiso

retratarla en una de sus famosas obras. El cardenal se enamora de inmediato. Tiene cincuenta y ocho años de edad, está henchido de fuerza espiritual pero también de exceso de grasa, por lo que le costará un esfuerzo ímprobo abrazar a esa chica de catorce años recién cumplidos, un adorable ninfa.

Pero ¿cómo consigue el anciano obispo gestionar esa relación? De ello se encarga Adriana Mila, prima de Rodrigo, que es en aquel momento la que maneja los hilos del asunto. Por si fuera poco, Mila es la institutriz de Lucrecia, quien vive con ella. La celestina se ocupa de esquivar todo riesgo de escándalo, y como tapadera adicional se asegura de que Lucrecia se convierta en amiga de la nueva pasión de Rodrigo. Y todo ello, precisamente en el momento en el que Lucrecia se entera de que su cariñoso tío es su verdadero padre; cuando descubre que su padre es también el amante de su amiga su estupor se desborda más allá de los límites de la desesperación.

Pero, por desgracia, Rodrigo aún no es oficialmente Papa y no puede permitirse el lujo, por lo tanto, de imponer sus locuras privadas a todo el reino. Así que no le quedan más que dos opciones: abandonar a la muchacha o conservarla y compartirla, aparentemente al menos, con algún tutor legal o, incluso mejor, con un marido. Y como reza un antiguo proverbio, los trapos sucios es mejor lavarlos en casa. De ello se encarga puntualmente la celestina, quien propone como esposo para la amante del futuro pontífice nada menos que a su propio hijo, Orsino Orsini. ¡Una solución perfecta, todo queda en familia y en la Iglesia! El hijo es, además, ciego de un ojo de modo que para hacer la vista gorda solo tiene que mirar hacia otro lado con el que le queda. Pero hay que darse prisa, Giulia está embarazada, de Rodrigo, por supuesto... No es casualidad que el término *obispo* en su uso por los primeros cristianos se tradujera como «activo e infalible». ¡Perfecto! En todo caso, lo mejor es que el niño nazca con un padre legítimo.

Mientras tanto, a Lucrecia no se le escapa el menor detalle de todas las maniobras y tejemanejes que se traen su padre y su institutriz. ¿Qué puede hacer? ¿Cómo debe comportarse? Lo cierto es que de vez en cuando siente cierta repugnancia, y le gustaría poder hablar del asunto con César, el hermano en el que siempre confía en los momentos difíciles, pero por desgracia este se halla en la Universidad de Pisa. Lucrecia hace tiempo que vive con su nodriza, la celestina, pero desde luego no es cuestión de abrirse a ella. De modo que decide hablar con su madre y va a visitarla a su viejo palacio.

En cuanto hace mención de su desconcierto, Vannozza la abraza y rompe a llorar.

–Madre, he descubierto que mi padre tiene tratos con una chica más joven que yo.

–Sí, ya lo sé –le confiesa en voz baja su madre–. Y también sé que los hilos de esta historia los maneja Adriana, tu prima. Me imaginé enseguida que él tenía otra mujer y que, esta vez, sobre todo es de mí de quien va a desprenderse.

Y estalla a su vez en llanto.

Hemos mencionado al principio que los episodios más sobresalientes de la vida de los Borgias, en particular los del tío Calixto III, los del padre Rodrigo y los del hijo guerrero al mismo tiempo que cardenal, César, no sorprendían ni indignaban especialmente a la sociedad de esa época. En pocas palabras, era costumbre aceptada que se reaccionara con mentalidad abierta ante toda clase de situaciones, que los asuntos privados y muchas veces escandalosos de los altos prelados y hasta los del propio pontífice y sus parientes más cercanos se consideraran meros asuntos de rutina. En definitiva, quien vive en el pecado más sórdido es un personaje que se entrega sin falsos pudores, por lo que inspira más confianza. Las crónicas de la época, de hecho, proporcionaban noticias de los acontecimientos mundanos, incluso de los que tenían lugar en

mismo Vaticano, como quien no quiere la cosa y sin intención de provocar escándalo. Pero cuando sobre el escenario de la historia renacentista aparecen los Borgia, aplaudidos por una avalancha de seguidores, empezando por sus parientes más cercanos, he aquí que el interés del público, tanto nacional como extranjero, se ve notablemente avivado.

Y no se limita a los llamados pasquines de cuatro versos rimados, sino que en ese juego de límite de la calumnia llegan a exhibirse incluso juglares y poetas satíricos, arriesgándose menudo a ser víctimas del feroz resentimiento de la hinchada política española y de los propios Borgia, famosos ya por la crueldad con la que solían castigar a sus detractores.

El ápice de las ilaciones sobre el escándalo se alcanza cuando se esparcen habladurías acerca de ciertos amores incestuosos, en las que llega a insinuarse que Lucrecia ha sido seducida tanto por su padre, el príncipe de la Iglesia, como por su hermano, el despiadado guerrero. En realidad, de semejante indignidad no hay evidencias dignas de crédito. Así pues, ¿cuáles son entonces los testimonios que los detractores alegan en apoyo de sus acusaciones?

El matrimonio es la piedra angular que sostiene el arco bajo el que prosperan las intrigas más sobrecogedoras

Aquí hemos de partir del matrimonio de Lucrecia con Giovanni Sforza, sobrino de Ascanio Sforza, el poderoso cardenal que había apoyado la elección de Alejandro VI Borgia.

Es un matrimonio de conveniencia por juegos políticos. Servía para unir estrechamente al Papa con Ludovico el Moro, partidario de la entrada en Italia de Carlos VIII, rey de Francia, con el objetivo de quitar de en medio a Alfonso II de Aragón, rey de Nápoles, y acabar con su poder. El 12 de junio de 1493 Lucrecia se casa con el joven vástago de los Sforza, que también era hijo ilegítimo. Presente en la ceremonia, ante el asombro de todos, está el padre de la novia, es decir el Santo Pontífice circundado por diez cardenales vestidos de gala. Entre los numerosos prelados emperifollado de púrpura, está también el hermano de Lucrecia, César. Pero ¿qué hace ahí, en medio de tantos hombres de fe? Muy sencillo, su padre hace unas semanas que le ha nombrado él también, a César, cardenal. ¡Enhorabuena!

Es evidente que, con su presencia, el papa Borgia pretende hacer oficial el hecho de que Lucrecia es su hija carnal favorita. César, por su parte, levanta a su hermana entre sus brazos hasta despegarla por completo del suelo y la besa en la boca, lo que hace arreciar los murmullos. No hay duda de que con este gesto el desvergonzado hermano quería dar a entender el gran amor que siente por ella.

«Dejando a un lado el que hubieran cometido incesto o no, lo que resulta indudable es que César y Lucrecia se querían, aunque fuera fraternalmente, mucho más de lo que quisieron a nadie y mantuvieron su recíproca fidelidad hasta el final. Lucrecia representaba la única excepción en cuanto mujer para César, un conquistador que no tenía el menor respeto ni consideración hacia las hembras»⁷.

Durante las celebraciones nupciales, con la aparición de cada nuevo personaje los ¡Oh! de asombro se suceden sin que le dé tiempo a nadie a recobrar el aliento. Y a estos se añade emoción que se propaga al saberse que la muchacha sentada a la izquierda del Papa no es otra que Giulia Farnese, ya oficialmente reconocida como su ojito derecho.

Pero volviendo al matrimonio, el regalo de bodas para el novio por parte de Ludovico el Moro

consiste en la concesión de la soberanía de la ciudad de Pesaro, y el Papa añade una dote que asciende a treinta y un mil ducados. Pero la unión de dos jóvenes no se puede consumir de manera inmediata, ya que Lucrecia seguía siendo, como se decía entonces, «implume», es decir, que solo tiene trece años. De modo que, una vez celebradas las bodas, su padre se la lleva consigo y envía al recién casado a Pesaro con el fin de mantenerlo alejado. Para asegurarse de que las cosas salgan como han sido previstas, el Papa las pone bajo el control de su hijo predilecto, César, quien el recién casado ya ha aprendido a conocer como el servidor más despiadado del Papa.

Será solo unos meses más tarde cuando Lucrecia sea llevada a Pesaro para que el matrimonio sea consumado. Pero, por favor, que sea con calma y con respeto.

Pasan cuatro años, la convivencia entre la pareja navega en aguas tranquilas, si bien en un ambiente cargado de aburrimiento. De hecho, estamos en provincias y, sobre todo, en una corte sin espíritu ni iniciativas, por más que Giovanni se comporte como un marido feliz y enamorado. ¿Y cómo podría ser de otra manera? Basta con admirar el famoso retrato de Lucrecia pintado por Bartolomeo Veneto, en el que la muchacha aparece engalanada con unos cabellos finos y rubios que sirven de marco a un rostro a decir poco pasmoso, para exclamar: «Nadie en el mundo puede escapar a las gracias de una beldad semejante».

Pero mientras tanto, algo que ya se ha convertido en costumbre, los proyectos políticos de la Borgia cambian de repente. ¿Por qué, qué ha ocurrido?

El rey títere con andares de marioneta

Pues lo que ha ocurrido es que el joven rey de Francia, Carlos VIII, sin escuchar las prudentes opiniones de sus consejeros, ha tomado la decisión de invadir Italia con un imponente ejército. Este monarca, de veintidós años, que las crónicas nos describen como obtuso y megalómano, y a quien algunos de sus súbditos, a causa de sus movimientos y de su cara de marioneta, llaman *le roi guignol*⁸, tiene la intención de conquistar para sí el reino de Nápoles y ha preparado para este fin un ejército de cuarenta mil hombres. Sus aliados italianos son Ludovico el Moro, Giuliano del Rovere y Hércules de Este (con quienes volveremos a encontrarnos). Como es bien sabido, en Italia gente dispuesta a subirse al carro del primer invasor que se presenta puede hallarse con gran facilidad.

Comienzan en este momento los combates. La flota napolitana es derrotada por las fuerzas navales francesas, el ejército pontificio se ve rodeado en la región de Romaña y, por si fuera poco, los Orsini y los Colonna pasan por ser los probables dueños de la situación futura. El Papa cobrando conciencia de que en esas condiciones resistir a los «gabachos» resulta imposible. Alejandro VI opta entonces por atrincherarse en el castillo de Sant'Angelo y esperar acontecimientos más favorables.

De modo que Carlos VIII hace su triunfal entrada en la Urbe, aplaudido por los habituales tiralevistas, listos para ponerse a su servicio. El primer impulso del Papa es huir, pero después invade un atávico orgullo y un prepotente sentido de la dignidad. Así que decide jugar todas las cartas posibles.

Comienza por enviar de inmediato al rey una delegación formada por intelectuales de rango, entre ellos decide incluir a su hijo César como intérprete. El joven, en efecto, ha estudiado francés en la Universidad de Pisa y lo habla a la perfección. Podría tomársele por un graduado de la Sorbona.

Ya en la reunión celebrada en Palazzo Venezia, donde el rey está alojado con todos sus oficiales, César hace las presentaciones. Uno por uno, introduce a los cuatro delegados, hablando en francés, naturalmente, y les traduce de modo conciso, sin florituras, las observaciones del rey. Se permite incluso hacer algún comentario jocoso al monarca, tal como:

—¿Habéis notado, majestad, la simpatía con la que os ha recibido el pueblo romano? ¡Rayana es el fanatismo! ¡Espero que hayáis disfrutado! Hubo incluso quien llegó a gritar: «¡Que este gentilhomme se aloje en el Vaticano! ¿Qué esperamos para hacerlo Papa?». Vuestra Majestad, yo fuera vos me lo pensaría en serio: un rey que se convierte en Papa, algo nunca visto.

Carlos de Valois se echa a reír y dice:

—¡Sois muy ingenioso, y además habláis mi idioma con un acento realmente envidiable!, ¿acaso sois uno de mis súbditos?

—No, Majestad, me gustaría serlo, pero, por desgracia, nací en Roma. ¡Ah, se me olvidaba, debí transmitir os saludos de parte de mi padre!

—¿Y quién es vuestro padre?

—El Papa, Vuestra Majestad, yo soy el hijo de Borgia, el actual pontífice Alejandro VI.

—¡Dios santo! ¡Desconocía que el Papa tuviera un hijo! ¡Supongo que os tuvo antes de iniciar vuestra carrera eclesiástica!

—No, señor, cuando yo nací mi padre ya era cardenal. Veréis, entre nosotros son cosas normales. No creo que se haya elegido a papa alguno sin hijos, esposa o a menudo concubinas.

—¡Ja, ja! ¡Hay que ver lo divertido y deslenguado que sois! ¡Hablar de esa manera del sacerdotado de la Iglesia apostólica romana!

En conclusión, el encuentro con el rey de Francia es un gran éxito, especialmente para el joven Borgia, quien, de regreso ante su padre, exclama:

—Papá, este Carlos VIII es un bocado que puedes tragarte con la mayor facilidad. Yo te lo he preparado la mesa con el mantel y todo lo necesario. Ahora te toca a ti.

El Papa y el rey se reúnen en el Vaticano. Cuando Carlos de Valois entra en el pórtico cuadrado del enorme palacio, la fanfarria de la milicia papal entona la larga y suntuosa marcha del reino de Francia. Ya el propio recibimiento causa una cierta impresión al joven *guignol*, que levanta los brazos y se inclina ante el Pontífice, quien sale a su encuentro solo, seguido poco después no por los obispos, como todo el mundo habría esperado, sino por las damas más suntuosas de la corte papal.

Desde ese momento, el gato y el ratón se encuentran en plena danza.

Alejandro VI se dirige al joven monarca hablando en latín:

—*Exceslis rege qui degnastibus descendere hic Italiae magno honore civitas nostram exultationem omatus.*

En la cara de Charles se dibuja una mirada aterrorizada, hasta que el Papa estalla en una enorme carcajada:

—¡Ja, ja, ja! Os he dado miedo, mi señor, ¿verdad? No temáis, majestad —dice en italiano y con la ayuda de gestos—. Dado que os entendisteis tan bien con mi hijo, le he encargado a él, si no os importa, que nos sirva de intérprete.

—*Votre fils? Oh, je suis bien content de ça! Il est tellement aimable!*

Y he aquí que aparece muy sonriente César, quien con gestos de lo más elegantes, hace además de querer arrodillarse a los pies del rey, pero este se lo impide y lo abraza. Y así da comienzo el engatusamiento del monarca.

Al final se llega a un acuerdo: el Papa concede al ejército francés paso franco a través de los Estados Pontificios, y a cambio el rey acepta abandonar de inmediato Roma y prometer protección y amistad a los Borgia. Se establece que el hijo del Papa, César, se una al ejército francés, formalmente como legado pontificio, pero en realidad como rehén, por más que privilegiado.

Carlos VIII llega en escaso tiempo a Nápoles y también allí es recibido como un triunfador. Como es natural, el rey Alfonso II, tras huir de la capital del sur, se ha refugiado en Sicilia y ha abdicado; de esta forma, sin ulterior demora, el rey de Francia puede declararse a sí mismo tranquilamente rey de Nápoles.

Pero he aquí que España y los demás Estados italianos y europeos empiezan a sentirse preocupados por la excesiva influencia que los franceses están acumulando en toda la península. Así que se toma la decisión de abortar desde el principio esta amenaza. Se forma así la Liga Santa. Para no llamar demasiado la atención con este proyecto, se declara que la confederación tiene como objetivo combatir el avance de los turcos, pero todo el mundo sabe que el turco más peligroso proviene de París y su nombre es Carlos, más conocido como el *guignol*. Este intuitivo que corre serio peligro de quedar atrapado en el sur por todas esas fuerzas. Por lo tanto, como consumado estratega que es, recoge títeres y marionetas y se marcha hacia el norte; en otras palabras, se da a la fuga.

El cometido que el Papa ha confiado al treintañero Giovanni Sforza, el marido de su hija, es ponerse a la cabeza del reconstituido ejército napolitano, reforzado por un contingente papal, con el fin de atacar a la vanguardia francesa en su marcha hacia el norte. Pero Giovanni se guarda mucho de buscar la confrontación directa, es decir, prefiere emplear la táctica de Fabio Máximo, conocido con el sobrenombre de Cunctator, «el Contemporizador», es decir, seguir a las tropas enemigas a buena distancia e intervenir solo en el momento en el que se hallen en dificultades. Giovanni el Temerario los sigue, pero por desgracia las situaciones de dificultad no acaban por presentarse para los franceses.

Entretanto, Carlos viene a saber que también el ejército de la Serenísima se dirige a su encuentro, a ser posible antes de que él y sus tropas superen los Apeninos. Por lo tanto da el orden de que todo el mundo apresure el paso. Al llegar a Pisa es recibido con júbilo por la población; mujeres hermosas aclaman y abrazan a los soldados franceses, especialmente a los que van a caballo. Pero el monarca de Francia tiene prisa, y exclama: «Tenemos que elegir, o el solapamiento carnal o la trampa del orinal. El orinal no tiene nada que ver, pero era para que rimara», y con todo su ejército se prepara para llegar al valle del Po.

Un rey debe saber inclinar la cabeza de vez en cuando, sobre todo ante vigas demasiado bajas

Al cruzar los montes de Carrara, la artillería y las reservas van retrasadas. Los franceses bajan hasta el valle disminuyendo el ritmo, pero en Fornovo chocan con las tropas de la Liga, al mando de Francisco Gonzaga, marqués de Mantua. El enfrentamiento es feroz. Las tropas francesas, a pesar de estar en minoría, son capaces de evitar la derrota y de escapar del cerco, perdiendo muchos hombres pero causando un número igual de bajas en el ejército de los aliados italianos. Desalentado, pero no vencido, el rey cruza los Alpes y regresa a Francia.

Hasta que en Amboise, donde se retira a lamerse sus heridas, tiene un accidente realmente digno de un payaso. Al pasar a caballo bajo una puerta de piedra, como un perfecto *guignol*,

golpeó la cabeza contra el dintel y se quedó en el sitio. El caballo salió indemne, pues tuvo buen cuidado de inclinar la cabeza.

También el yerno de Alejandro VI, oculto quién sabe dónde, salió indemne. De modo que el Papa le acribilla a cartas en las que se le ordena entregar el mando a otros capitanes más capaces y dirigirse inmediatamente a Roma. El joven Sforza, evidentemente regocijado, llega a la capital de los Estados Pontificios y puede visitar a su esposa.

El papa Borgia, en principio, no expresa ninguna señal de hostilidad evidente hacia el felón de su yerno, y tanto es así que el Domingo de Ramos podemos observar al llamado señor de Pesaro en San Pedro, entre las autoridades, sentado al lado de César, recogiendo la palma bendita que el Papa le ofrece durante la ceremonia. En casa, de vuelta al palacio donde se halla Lucrecia, esta afirma estar muy preocupada por el futuro inmediato de su marido y le dice que quiere poner en marcha un viejo truco que se utiliza a menudo en su familia: es decir, lanzar una provocación que le permita descubrir lo que se está planeando para su marido.

Así, aprovechando una ausencia de Giovanni, delante de los criados, en presencia de su nodriza celestina, la hija del Papa estalla en lágrimas, quejándose de no poder soportar más a ese esposo suyo, considerado por todos como alguien pusilánime y sin dignidad, tanto en la batalla como en la vida diaria. Y de ese modo, con la intención de consolarla, una sirviente la abraza y le susurra:

–No temáis, Señora, que en pocos días os veréis liberada.

Y ella replica:

–¿Liberada? ¿En qué sentido? ¿Es que acaso van a matar a mi esposo?

Y la celestina, apresurándose a interrumpir tan peligroso diálogo, minimiza:

–Vamos, no digamos tonterías, ¡nadie va a matar a nadie! Hay medios mucho más sencillos y menos sangrientos, en todo caso, para inducir a alguien a abandonar un dulce botín.

Todo termina ahí, y Adriana Mila da la orden:

–¡Cada uno a lo suyo, y nada de chismorreos!

Esta es la señal para Lucrecia de que la trampa ha surtido efecto. Cuando regresa su esposo, va a verlo y le advierte:

–Las cosas tienen muy mal cariz, amado mío. Sé con certeza que mi hermano César y mi padre tienen intención de quitarte de en medio. El hecho de que aún no te hayan amenazado directamente significa que tienen ya un plan basado en la eliminación sin testigos y, por lo tanto, mucho más despiadado.

Y él dice:

–Pero ¿quién te ha contado eso, tus damas de compañía?

–Escucha, Giovanni mío, por el tono que empleas me doy cuenta de que mis palabras no te han convencido, pero acepta al menos de mí este consejo: mantente apartado todos estos días, y muévete cerca de los establos, con un caballo ya ensillado y con provisiones. –Y diciendo esto, lo besa y se aleja, murmurando compungida–: Te lo juro, sentiría un inmenso dolor si te hicieran daño.

A veces basta con mencionar al lobo y he aquí que aparece al instante. En efecto, entra Adriana en escena, el hilo que mueve todos los juegos, quien le anuncia jubilosa:

–Vuestro hermano está entrando en el palacio.

–¡Oh, qué agradable sorpresa! –exclama Lucrecia en una perfecta actuación.

Después hace que Giacomino, el criado en el que más confía, la ayude a ponerse una amplia capa y, una vez en el salón de las esculturas, le ordena:

–Ocúltate detrás de la estatua de Hércules y Caco y quédate escuchando, por lo que puede

pasar.

Lucrecia recibe a su hermano con una hermosa sonrisa y lo abraza gritando en voz alta:—

—¡Qué magnífico regalo me haces, César, con esta visita tuya tan inesperada!

César la besa tiernamente y le dice sin más preámbulos:

—Nuestro padre y yo hemos decidido que ya no nos hace falta ese marido tuyo. Es más, ahora supone un obstáculo. Prepárate para ser soltera de nuevo, o incluso viuda. —Luego añade dirigiéndose de nuevo su hermana, a la que se le han quedado congeladas las palabras—: Ya discutiremos más adelante, no te preocupes, vamos a tratar de hacer las cosas de modo que no veas involucrada en absoluto.

Y con una breve despedida, el hijo del Pontífice se marcha. Lucrecia se vuelve de inmediato a Giacomino y le dice:

—¿Has entendido todo lo que se ha dicho? Vete enseguida a contárselo.

El criado baja a los establos y encuentra a Giovanni ya montado en su caballo turco.

Apenas tiene tiempo para referirle las palabras de César: un golpe de espuela y el marido de Lucrecia parte a todo galope, sin detenerse siquiera un momento en la fuente para dar ocasión a que su caballo beba.

Las crónicas aseguran que llegó a las Marcas en veinticuatro horas, una carrera que mataría a cualquier caballo. En efecto, nada más cruzar las puertas de Pesaro, el corcel se derrumba por los suelos, muerto.

Lucrecia ha desaparecido. ¿En fuga acaso, secuestrada? ¡Quién sabe!

En ese mismo momento, en Roma, Lucrecia baja a los establos llevando una voluminosa alforja, sola, y da órdenes al mozo de cuadra para que ensille su caballo. Luego salta sobre su grupa con agilidad de auténtica amazona, coloca su equipaje a lomos del animal, pica espuelas y se marcha a ritmo sostenido.

Esa misma tarde Adriana se percata de la ausencia de Lucrecia, y cuando oye tocar a vísperas empieza a sentirse fuertemente preocupada. Envía a un servidor para asegurarse de que la muchacha no se ha demorado con su madre, pero no tarda en recibir la noticia de que Vannoza no ha visto a Lucrecia durante todo el día.

Temblando, la celestina manda aviso al padre, que se halla en una cena con algunos embajadores, y este convoca inmediatamente al capitán de la guardia y le encomienda que efectúe las oportunas indagaciones. Ante tal despliegue de fuerzas, la verdad no tarda en salir a la luz: la señora se ha marchado a caballo en dirección a la vía Apia y llevaba equipaje. En principio se cree que ha podido salir de la ciudad pero, interrogados uno por uno los guardianes de cada una de las puertas, no resulta que haya efectuado el tránsito de salida.

Pasa una noche más antes de que al papa Rodrigo le sea referido que su hijo menor Jofré llegó de Nápoles el día anterior, y es muy probable que se haya visto con su hermana en casa con ella.

En una posada, llamada Della Vacca, propiedad de Vannoza como es sabido por todos, se localiza al joven: algunos guardias lo han identificado y le llevan de inmediato al Vaticano. En las primeras, delante de su padre, Jofré niega haberse reunido con Lucrecia, pero ante la insistencia más bien amenazadora del Papa se decide a hablar.

—Es verdad, padre, me vi con Lucrecia en su casa. Estaba fuera de sí, decía estar convencida o

que vuestra intención, señor, y la de mi hermano César es la de matar a su marido.

—Pero ¿qué dices? ¿Cómo ha podido ocurrírsele una patraña semejante?

—No lo sé —responde muy tenso el muchacho—, y ni siquiera me lo pregunté. Ya estaba y demasiado trastornado por mi cuenta para ponerme a indagar en lo que turbaba a mi hermana.

—¿Trastornado tú? ¿Y por qué?

—Por favor, padre. En Roma se dice que Alejandro VI es capaz de conocer los pensamientos más secretos de cualquiera de sus súbditos en esta ciudad desde el mismo momento en el que se ocurren.

—¿Qué quieres decir? —exclama el Pontífice—. ¿De qué secretos hablas?

—De uno que, para empezar, atañe a nuestra familia.

—Escucha, déjate de cábalas y adivinanzas conmigo. Habla claro.

—¡A lo que me refiero es a lo que nos ha ocurrido, a mí y a mi hermano César, que ha querido darse el capricho de llevarse a la cama a la mujer de su hermano, a mi esposa!

—Pero ¿qué dices?

—Basta, padre, ahora eres tú el que juega a hacerse el loco. Me despido, me vuelvo a Nápoles.

—¡Detente! —Lo agarra del hombro y lo abraza—. Es cierto, César ha usado violencia contra tu esposa, un acto vergonzoso. Yo me he enterado esta mañana y lo he insultado hasta desfallecer, César se ha revuelto contra mí gritando: «¡Aunque seas el Papa eso no te da derecho a inmiscuirte en mis asuntos! Ocúpate más bien de tus propios enredos amorosos. Nunca se me ha pasado por la cabeza sermonearte, y eso que podría pasarme días enteros recriminándote».

De esta manera, el Santo Padre viene a enterarse de que Lucrecia está al corriente de las vilezas amorosas de César, y que al final de las revelaciones estalló en un ataque de gritos, insultos hasta maldiciones con todo el mundo, empezando por su hermano y siguiendo contra el mismo Papa.

Y continuando con su relato, recuerda Jofré sus palabras:

—«¡Basta!», gritó sorprendida Lucrecia. «Llegados a este punto, me quito de en medio, prefiero alejarme de la podredumbre de esta vida. ¡Cuánta indignidad! En un solo día he descubierto que mis allegados más queridos traman el asesinato de mi marido y que mi hermano César codicia la mujer de nuestro hermano menor. ¡Sin más, por puro pasatiempo!». Y entre tanto grito continúa Jofré—, Lucrecia empieza a abrir los arcones para sacar vestidos y ropa de cama, mientras los metía en una saca exclamaba: «¡Es mejor que me entierre en un convento a vivir en un mundo de tanta infamia!».

—¡Pues claro! —salta Rodrigo—. ¡Eso es! ¡Se ha ocultado entre los muros de un convento. ¿Cómo es que no se me habrá ocurrido antes?

Y por fin puede así el Papa, después de haber ordenado que los inquisidores hicieran una criba en los numerosos conventos de la ciudad, descubrir el lugar sagrado en el que se ha refugiado su hija.

Se trata del convento de las Hermanas de San Sixto.

Rodrigo acude allí inmediatamente, evitando a la gente de su séquito y todo acompañante; lo que le conturba, como es obvio, es la idea de que su hija pueda dar al traste con sus planes merced a algún capricho.

Por si fuera poco, siente un amor sincero por ella:

—¡Te quiero de verdad! No sé lo que haría por ti.

—Padre, un amor como el que me ofreces no me interesa —le contesta—, es solo a media jornada. ¿O es que te parece una existencia digna la que me has impuesto que viva? Me haces pasar todo

- [**Textbook of Drug Design and Discovery \(4th Edition\) online**](#)
- [**download The Eyre Affair \(Thursday Next, Book 1\)**](#)
- [read online The Cornel West Reader pdf, azw \(kindle\), epub, doc, mobi](#)
- [download Between a Heart and a Rock Place: A Memoir](#)
- [**click Essentials of Human Physiology for Pharmacy \(2nd Edition\) \(Pharmacy Education Series\) online**](#)

- <http://chelseaprintandpublishing.com/?freebooks/The-Clutz-book-of-knots.pdf>
- <http://flog.co.id/library/Cinema.pdf>
- <http://growingsomeroots.com/ebooks/Ninth-Ward.pdf>
- <http://growingsomeroots.com/ebooks/Between-a-Heart-and-a-Rock-Place--A-Memoir.pdf>
- <http://korplast.gr/lib/Swords-of-Dragonfire--Forgotten-Realms--The-Knights-of-Myth-Drannor--Book-2-.pdf>